

actitud, viéndose luego á su vez abrumada de inquietudes. Los hugonotes se levantaron en armas, intentaron arrebatar las personas de Carlos IX y Catalina y batieron en Saint-Denis á las tropas reales: tuvo, pues, Catalina que humillarse á su yerno, implorar apoyo, ofrecer una alianza sumisa en trueque de esta ayuda «que nunca agradeceremos bastante á V. M., asegurándole que si viene en ayudarnos todas las fuerzas que tiene el rey mi hijo están á vuestro mando» (1). En cuanto llega un cuerpo del ejército

del duque de Alba, se da prisa Catalina en dar á conocer á Felipe (2) el héroe que ha educado para la liberación de los católicos, «mi hijo el duque de Anjou, á quien el rey mi hijo ha hecho su lugarteniente para libramos á nosotros, primero, y después á toda la cristiandad.» En fin, por una inesperada evolución, concluye súbito la paz con los hugonotes y despide á los peligrosos auxiliares que le ha suministrado la sospechosa deferencia del duque de Alba.

CAPITULO VII

PRIMER PERÍODO DE LA LUCHA CONTRA EL ISLAMISMO.—1559-1568

NECESIDAD DE GUERRAS CONTRA LOS OTOMANOS.—DERROTA DE MOSTAGAN.—DESASTRE DE GERBA.—DEFENSA DE MERS-EL-KEBIR.—TOMA DEL PEÑON DE VELEZ.—LIBERACION DE MALTA

I.—Necesidad de guerras contra los otomanos

Mientras se desarrollen en el porvenir los anales de la humanidad, será honor de los españoles haber conservado por espacio de diez siglos la misión de defender contra las razas inferiores la civilización europea. En tanto que ellos derramaban su sangre y se detenían en las costumbres militares, permitían á sus hermanos de la familia *ariana* reunir el tesoro de nuestros conocimientos y de nuestra cultura técnica. Los sufrimientos que costaron estas luchas han de buscarse hoy en leyendas ó crónicas olvidadas. Pero aún cuando el suelo de España fué rescatado, quedó amenazador el peligro sin que la seguridad estuviera afianzada ni en el mar ni en las costas.

Los barcos eran acechados en la rada de Cádiz y en la ría de Sevilla y apresados por los corsarios turcos con un botín enorme á veces (3): sobre la pérdida del cargamento, tenía que soportar el comercio la elevación del flete, inevitable en relaciones expuestas á tales accidentes. Los barcos de pesca no estaban más seguros, ni menos los pescadores: retirábanse de noche

entender de la consecuencia grande que son estos sobredichos casos, diera otro remedio en ellos...»

- (1) Ms. Arc. nac. K. 1507, pieza 29, y Ms. Bibl. nac. 10751, f. 1097.
 (2) Ms. Bibl. nac. 10751, fol. 1124, del 7 de diciembre de 1567.
 (3) Ms. Rec. of. 248, Challoner to the queen, 24 jun. 1562. «The Moors have spoilt many merchant ships about Seville and Cadiz with a booty of more than 100.000 ducats.»

á una torre, donde ponían vigilantes; pero muy á menudo vigilantes, patronos y marineros que habían visto ponerse el sol en España, lo veían salir en Tetuan (4). Con frecuencia también los simples paseantes eran sorprendidos en medio de su solaz: Habíamos entrado en una gruta tapizada de madre selva, y en medio de la comida, vimos aparecer á la entrada de la cueva unos hombres con casquetes rojos y capas blancas, que gritaron: ¡Perros! entregaos (5). Ni las galeras reales ni la presencia misma del rey tenían á raya la audacia de aquellos piratas: en el momento en que Felipe II está en Valencia y mientras no se habla más que de torneos, juegos de sortija, danzas y otras honestas diversiones, no pierden el tiempo los moros ni temen apresar barcos á una legua de esta ciudad y destruir todo lo que pueden (6). Porque se atreven á entrar tierra adentro, cuando son bastante numerosos y esperan hacer buena presa, de modo que se sabe á veces en la corte que los corsarios han desembarcado y entrado hasta nueve leguas en el país, llevándose cuatro mil almas cautivas (7).

Italia estaba aún más maltratada que España; la población entera de una ciudad era lleva-

- (4) Cervantes, *la Ilustre Fregona*.
 (5) *Marcos de Obregon*, ed. Rivadeneyra, pág. 43.
 (6) Ms. Bibl. nac. 3162, fol. 74, Saint Sulpice á Catalina.
 (7) *Ibid.* 10751, fol. 483, Forquevaux al rey.

da en esclavitud, y los castillos tomados por asalto y saqueados. Un austriaco, Bartolomé Giorgewitz, dió cuenta de un cautiverio de treinta años entre los turcos (1), y sus detalles son horrorosos. Los hombres estaban obligados á rudos trabajos con insuficiente sustento; las mujeres parecían más desgraciadas, aún cuando caían en manos de las mujeres turcas (2); pero la suerte de los niños era la más miserable: unos eran arrebatados á los griegos y slavos tributarios, y no podría expresarse con palabras lo que costaba de lágrimas y suspiros el momento de la separación (3); otros eran robados en Hungría y en las costas del Mediterráneo, y no se sabía más de ellos, siendo todos igualmente perdidos para la cristiandad. Este poder tan terrible de los otomanos reposaba efectivamente en una organización bastante salvaje, que permitía utilizar los cautivos. No hay que perder de vista, y es un detalle precioso para el estudio de las razas, que los turcos fueron peligrosos para Europa sólo empleando contra ella á los europeos: cuando el reclutamiento de los genizaros llegó á faltarles, quedaron entregados á sí mismos, es decir, á la impotencia y á la ruina.

Hay dos períodos distintos en la evolución del islamismo, el de los árabes y el de los turcos. Se ha dicho, en cuanto es posible comparar los creadores de la civilización con sus peores enemigos, que los turcos fueron á los árabes lo que los romanos habían sido á los griegos. Sabían absorber á los vencidos y encerrarlos en su mundo. Los niños de menos de siete años eran convertidos y sometidos á una educación moral y física que les ofrecía como ideal supremo la muerte en el combate por la fe musulmana. Con esto, toda la virilidad del vencido estaba puesta al servicio del vencedor. De estos pobres seres, los más inteligentes, los más agra-ciados, los más hábiles llegaban á los empleos civiles y á los mandos militares; los demás entraban en el cuerpo de los genizaros, con la pluma de garza real en la frente y el flotante alquicel sobre la armadura. Así se ve, después de la toma de Gerba por los turcos, cómo los niños españoles vienen á ser pajes del Gran

Señor (4); crecían en una vida abyecta, sin mujer, sin amor, en una tortura moral que producía seres infames y esclavos de combate. De estas vergonzosas escuelas salieron los Kuprili y Dragut.

Mohammed Kuprili era un niño italiano, hijo de un conde Mastai Ferretti (5), de esa familia que ha dado á la Iglesia el santo papa Pio IX: llegó á la dignidad de gran visir, y tuvo por sucesor á su hijo Mohammed el Halcon. Estos fueron los que organizaron el poder naval de los turcos durante el siglo XVI y dirigieron todas las expediciones contra Carlos V y Felipe II.

Dragut era un griego del Asia Menor: gracioso niño de roja cabellera, vino á ser paje de un corsario (6). Tomó sobre su amo un predominio irresistible, ejerció en su nombre el mando de la galera, hizo muchas y audaces travesías con que cobró celebridad entre los demás piratas. Sorprendido por los navíos de Doria fué cogido vivo, atado á un banco de galera y obligado á remar por espacio de cuatro años. Barbaroja, el jefe de todos aquellos aventureros, quiso rescatar al jóven camarada, cuyos principios habían sido tan afortunados, y después de haberlo buscado inútilmente en las chusmas de Doria, lo encontró al fin y lo rescató á precio de tres mil escudos, «lo que fué una gran mengua para los que lo dejaron ir por tal avaricia» (7). Tales sufrimientos y vejaciones no debían hacerlo compasivo ante las miserias de los demás: obtuvo algunas galeras de Barbaroja, despobló varias poblaciones en la costa de Italia, se distinguió durante el sitio de Trípoli contra los caballeros de San Juan, recibió de la Puerta una semisoberanía en la Tripolitana y llegó á ser uno de los más terribles piratas del Mediterráneo. A la vista de una flota de Doria, que le daba caza, abordó una galera española cargada de soldados y víveres para los presidios de Sicilia, lo arrebañó todo y se salvó después (8).

Otro pirata no menos feroz que él era Uluch-Alí, su rival en las costas berberiscas. Había nacido en la Calabria, donde era fraile, según se decía, y al trasladarse á Nápoles para estudiar, fué cautivado y luego renegó. «Yo creo que tomó el turbante por taparse la tiña» (9).

(1) Este libro fué publicado en italiano, en Florencia, con el extraño título: *Prophetia de mahometani et altre cose turchesche*, tradotto per Lodovico Domenichi, Firenze, 1548.

(2) *Ibid.* «Fra le quale vi sono alcuni tanto sporchi servigi che honestamente non si possono dire. (El que se cita no tiene nada de extraordinario.) Elle sono sforzate andarli dietro con un vasetto d'acqua, per quando elle vanno a scaricare il corpo et purgar quelle parti.»

(3) *Prophetia de mahometani*, etc. «Nessuno potrebbe sprimere con parole con quai lagrime, pianti et sospiri...»

(4) *Negociaciones en el Levante*, tom. II, pág. 709.

(5) Valiero, *Historia della guerra di Candia*, Venezia, 1679, página 528.

(6) Brantome, tom. I, pág. 110.

(7) *Idem.*

(8) *Idem.*

(9) *Id.* pág. 115.

Los adultos eran en efecto admitidos á cambiar de religion: aún se vió un capitán español sometido á esta tentación despues de un combate en que fué hecho prisionero, á pesar de su valor. «El gran Señor y todos los bajáes lo solicitaban para que se hiciera turco» (1). Los renegados europeos ejercian los mandos importantes en las flotas otomanas (2). Pero con más frecuencia eran condenados á diversos trabajos ó autorizados á pagar rescate.

El servicio del rescate de los esclavos no fué organizado regularmente por los religiosos de la Merced hasta principios del siglo siguiente.



El sultan Selim II

te (3). Hasta entonces las familias de los cautivos trataban, por mediación de renegados ó judíos, del rescate de los que estaban detenidos en la costa de Africa, considerando casi como perdidos á los que habian ido á parar á Constantinopla. De los tres embajadores extranjeros acreditados en la Puerta, el de Venecia sólo estaba admitido para negocios comerciales, el del emperador procuraba obtener la libertad de los prisioneros de guerra y aún se le ve dar pasos en favor de don Francisco de Corrales, oficial del regimiento de Sicilia (4), pero carecia de influencia con el sultan, quien segun el veneciano Navajero (5) no hacia caso de los alemanes, de los que decia que sólo eran buenos para zurrados.

(1) *Negociaciones en el Levante*, tom. II, pág. 709.

(2) Principalmente en la armada de Lepanto. *Doc. inéd.* tom. III, pág. 252.

(3) Varios religiosos se ocupaban en esto hacia algunos años. La orden especial, fundada ya en 1218, se reformó en 1603. V. *Constituciones de los religiosos descalzos de la recolección de la orden de Nuestra Señora de la Merced, redempción de captivos*. Salamanca, 1611.

(4) Ms. Arch. nac. K. 1502, pieza 53, Felipe á Chantonnay.

(5) Relaz. 1553.

El embajador de Francia tenia más crédito, porque desde los primeros años del reinado de Francisco I, conservábamos con los turcos relaciones que no eran honrosas ni útiles. Tenian, sí, la ventaja de proteger el comercio de Marsella y las costas de Provenza contra las depredaciones de los corsarios; pero nos hacian en cierto modo cómplices de los horrores cometidos en las costas de Italia. Puede formarse idea de las vejaciones que tenia que tolerar nuestro agente en Constantinopla, considerándolo aislado, como estaba, en medio de aquel imperio de salvajes, renegados y esclavos. Ordinariamente era un obispo el encargado de esta malhadada misión (6), en la cual habia que escribir, por ejemplo, en el asunto de un empréstito que Cárlos IX pretendia levantar en Constantinopla: Diferiré el asunto del empréstito de tres millones de oro, no porque tema la vergüenza de pedirlo, sino porque tengo para mí que se lo negarán á Vuestra Majestad (7). Las más sensibles humillaciones para nuestro embajador hubieron de emanar de su impotencia para proteger á los cautivos que invocaban su apoyo. Entre estas súplicas desconocidas, hay una que merece salir del olvido.

Cuando tomaron los turcos Famagosta á los venecianos, llevaron á Constantinopla, entre sus cautivos, al jefe de los ingenieros que habia prolongado la defensa de la plaza con sus hábiles invenciones. Designado por el talento superior de que acababa de dar pruebas á la venganza de los vencedores, Jerónimo Magi, que así se llamaba el ingeniero, fué destinado á los más rudos trabajos del arsenal, mientras no se elegia, para darle muerte, un suplicio de la más refinada crueldad. Cuando se retiraba por la noche extenuado de fatiga, aún tenia lugar de pensar en los tormentos que se le reservaban, y estas lúgubres imágenes turbaban su sueño; con todo eso tuvo fuerzas para escribir en elegante latin durante las horas de sus sombríos insomnios, un *Manual de la tortura*, que dedicó á nuestro embajador para interesarlo en su suerte. Su memoria era tan prodigiosa que le permitió citar textualmente los pasajes de los autores que habian tratado de las diversas clases de suplicio: por su libro podemos comprender hoy los procedimientos empleados con el nombre de *question* (8). El

(6) Montluc, obispo de Valencia; Noailles, obispo de Dax; Noailles, abad de Lisle, etc.

(7) *Negociaciones en el Levante*, tom. III, pág. 172.

(8) Hieronymi Magi Anglarensis *De equuleo*; libro raro, cuya pri-

francés tuvo el dolor de no poder admitirlo á rescate, pues sólo pudo lograr que se le sustrajera á largos tormentos, y en su virtud fué estrangulado el ilustre ingeniero y arrojado luego al cementerio de los esclavos. «Soy demasiado amigo del rey de Francia para poner en libertad á sus enemigos,» decia el Gran Turco, cuando nuestro embajador intercedia en favor de algun cautivo español (1). Los mismos cautivos franceses no siempre eran admitidos á res-

cate: los turcos hubieron de conservar en sus mazmorras á los señores de Barres, contador de Dijon, y Cresset, comerciante de Montpellier, apresados en un viaje por mar, como rehenes de la restitucion de una jóven turca, llamada Fati, que era esclava de Catalina de Médicis. La reina madre la habia hecho bautizar con el nombre de Catalina Laturca y le daba alguna que otra vez un escudo para ir á la feria de San German ó para que fuera á confesar (2).



J. Andrés Doria

La madre de esta jóven turca no cesaba de reclamarla y habia conseguido interesar en su desgracia á las hijas del Gran Señor (3).

Tales hechos hubieran debido romper para siempre esta alianza, como quiera que, despues de comprometernos, ni nos servia con cosa de ayuda en nuestras guerras contra España (4). Más honroso hubiera sido cortar unas relaciones que sólo justificaban los falsos principios de una engañosa razon de Estado.

La mera edicion es de 1609; la de 1664 está adornada de grabados explicativos.

(1) Leti, lib. XV, pág. 350.

(2) Cimber y Danjou, *Archivos curiosos*, 1.ª serie, 1836, tom. IX, pág. 115.

(3) *Negociaciones en el Levante*, tom. II, pág. 459, 764, 803.

(4) Véase el capítulo III.

II.—Derrota de Mostagan

España, al contrario, permaneció fiel á la ley que la ponía en eterna pugna con el islamismo. Pero los soldados destinados á los presidios de Africa mostraban repugnancia á un servicio en que no era la muerte el menor mal. A tener cobradas sus pagas hubieran desertado de sus banderas, por lo cual no se las repartian hasta despues de su embarque (5). Para levantar su moral, el conde de Alcaudete, gobernador de Oran, hubo de emprender una expedición sobre Mostagan (6), y avanzó con seis mil españoles y cinco mil jinetes de los *goums* árabes: pudo

(5) Ms. Rec. ot. n.º 664, Challoner to Cecil, foreign Elizabeth, tomo II.

(6) Cabrera, tom. I, pág. 231.

construir un reducto en Mazagran para encerrar en él un depósito de víveres; pero se vió luego cercado bajo los muros de Mostagan por un ejército turco enviado de Argel, habiendo perecido él con todos los suyos, salvo los que fueron hechos prisioneros (1). Quiso Felipe vengar á una esta derrota y la que habia sufrido un año ántes la órden de San Juan, y al efecto preparó una expedicion para devolver Trípoli á estos caballeros.

III.—Desastre de los Gelves

El ejército de desembarco se reunió en Siracusa al mando del duque de Medina Sidonia, virey de Sicilia. El genovés Andrés Doria llevó allá sus galeras, pero no pudo ponerse de acuerdo con el almirante español, don Juan de Mendoza, y se pasó el verano en conflictos y quejas con los asentistas. Solía suceder que se trasladaran á bordo los soldados y fueran luego desembarcados, bien porque el viento no permitiera hacerse á la vela, bien porque el duque de Medina Sidonia notara la insuficiencia de los remeros preparados. La permanencia de un verano en las costas de Sicilia entregó el ejército á las enfermedades y la escuadra á los embates de los vientos: sobre esto, mantenidos los soldados con galleta adulterada, amén de mal cocida, arrojábanla al mar, enteramente podrida (2), y ó morían de enfermedad, ó se sublevaban reclamando sus soldadas siempre vencidas. Por poderosos que sean los príncipes, toda tardanza es fatal á los ejércitos, dice el cronista oficial, deplorando la pérdida de cuatro mil hombres y de diez navíos en aquella inacción que hubo de prolongarse hasta el mes de noviembre. Mientras tanto, habíase armado la escuadra turca y estaba dispuesta á presentarse en el punto que fuera atacado. Medina Sidonia se hizo á la mar con los vientos de noviembre; tenia aún más de ochenta navíos y hasta unos doce mil hombres, entre los cuales se habian alistado un buen número de bandidos napolitanos (3). Bordoó sorteando el viento algunos días, pero batido por una tempestad de una semana, tuvo que abrigarse en Nápoles y volver luego á Sicilia. En enero quiso salir de nuevo con el proyecto de ocupar la isla de los Gelves, situada enfrente de la costa de Africa en los confines de Túnez y de la Tripolitana (4), á fin

(1) Setiembre de 1558.

(2) Cabrera, tom. I, pág. 284.

(3) Leti, lib. XV, pág. 349.

(4) Cabrera, tom. I, pág. 292.

de instalar allí su ejército y dar el asalto á Trípoli en la primavera. Las tropas estaban desalentadas por las enfermedades, las dilaciones y los contratiempos; una fúnebre fatalidad les pareció presidir á una expedicion en que todo, desde los primeros preparativos, salía en contra.

La ocupacion de los Gelves se hizo, sin embargo, fácilmente: los moros del país se sometieron sin resistencia y prometieron pagar un tributo de seis mil escudos, cuatro gacelas y un camello. Pero mientras hacia levantar con su acostumbrada lentitud un fuerte para proteger la guarnicion, el duque de Medina Sidonia recibió del gran maestre de San Juan la noticia de la aproximacion de la armada turca; y el día siguiente columbró al extremo horizonte las setenta y cuatro galeras otomanas cargadas con cien genízaros cada una, á las cuales se reunieron muy luego las doce galeras de Dragut que habian salido de Trípoli. ¿Se ha de huir ante los infieles hasta los puertos de Sicilia, ó aceptar un combate para el cual no se está en aptitud? El duque vacila entre estos dos partidos, da órdenes contradictorias y salta en tierra sin haber tomado ninguna resolucion. Entónces, sobre los navíos cristianos que no se ponen en defensa y que abandonan apresuradamente las tripulaciones, caen dando alaridos los turcos que no ven delante de sí más que confusion y espanto; las galeras chocan, se rompen y vienen á la costa. Los moros de Gelves, tan dóciles la víspera, asesinan á los fugitivos; muy luego desembarcan á su vez los genízaros y no cesan de matar españoles hasta cerrada la noche. El duque de Medina Sidonia acogido en la galera que quedaba á Andrés Doria, se evade á favor de la oscuridad por en medio de los turcos ocupados en el pillaje y puede alcanzar con el mismo Doria los puertos de Sicilia; ha perdido sesenta y cinco barcos y cinco mil hombres (5).

Y todavía no es esto sino el principio del desastre. El ejército de tierra encerrado en el fuerte aún no concluido, abandonado de su caudillo y de su escuadra, es mandado tan heroicamente por don Alvaro de Sande que se atreve á defenderse solo en medio de aquel pánico, por salvar, sin otra esperanza, el honor de España. Son ocho mil hombres, sin víveres y hasta sin agua. Obligan al enemigo á embestirlos, á manejar el cañon, á abrir una brecha en sus parapetos de tierra. Hacen salidas afortunadas, rechazan todos los asaltos y destruyen la mitad

(5) Ms. Rec. of. n.º 194, Gresham to Parry, 16 junio 1560.

de los preciados genízaros. Sus cisternas recién construidas no habian recibido aún gota de lluvia: las salidas hácia las fuentes para recoger provision de agua cuestan la vida á la mayor parte; el vino se agota como la galleta y la yerba: al cabo de seis semanas ya no queda nada. Los españoles resisten aún dos días sin comer. Despues los que pueden tenerse en pié, unos mil hombres, se agrupan alrededor del bravo Sande y salen á la luz del día, el 29 de junio de 1560, para hacerse matar por los turcos.

El almirante otomano, renegado italiano llamado Piali que conocia muy bien la lengua de su país, donde habia dejado amigos, se apresuró á enviar cartas á Italia para celebrar su victoria (1). Dió de ello otras pruebas haciendo que Dragut apresara la flotilla de las galeras de comercio que iban de Sicilia á Nápoles, dos obispos y seis mil esclavos en las ciudades del litoral, y muebles y joyas por valor de dos millones de escudos (2). Piali hizo una entrada triunfal en el Cuerno de oro conduciendo encadenados á los viejos capitanes españoles y un hijo del duque de Medina Sidonia, de la sangre más noble de España.

Un esclavo más ilustre aún estuvo algunas horas en manos de los infieles: el primer guerrero de la época, despues del duque de Guisa, Filiberto duque de Saboya. Estando en su castillo de Villafranca, cerca de Niza, fueron nueve galeras argelinas á quemar á Rocabrúna y á echar en tierra algunos piratas en el seno de la rada misma de Villafranca. Sin esperar los refuerzos ni la artillería de Niza, cae Filiberto sobre los que acaban de desembarcar, los pone en fuga y los persigue por la montaña. Pero los turcos de las galeras que lo han visto aventurarse así casi solo, saltan en tierra prestamente, lo persiguen á su vez y lo hacen prisionero. Por dicha, llegan los refuerzos de Niza á punto para libertarlo ántes que lo embarcaran (3). En esta ruina de las fuerzas cristianas, la ciudad española de Oran tenia por seguro el sitio. Si esta plaza se pierde, decian los ministros de Carlos IX (4), es pérdida tan importante para España que es de esperar que haga un grande esfuerzo para recobrarla, lo cual seria mucha tela cortada para el año que viene. Probablemente á estos repetidos desastres y al abatimiento producido por los esfuerzos hechos

(1) *Negociaciones en el Levante*, tom. II, pág. 611.

(2) Cabrera, tom. I, pág. 307.—Leti, lib. XVI, pág. 379.

(3) Leti, lib. XV, pág. 359.

(4) *Negociaciones relativas al reinado de Francisco II*, pág. 866, Carlos IX al obispo de Limoges, 23 de mayo 1561.

para repararlos, hay que atribuir la longanimidad de Felipe con los disidentes de los Países Bajos y los reformados de Francia. No hubiera dejado de invadir el valle del Garona y mantenerse en él, si no se hubiera visto amenazado y quebrantado por estas guerras en el Mediterráneo: dióse prisa á enviar á Oran todas las fuerzas disponibles y negoció con los caballeros de San Juan en Malta un préstamo de sus galeras (5). Pidió al papa que le restituyera el derecho de percibir el impuesto llamado de la Cruzada. Paulo IV, durante su guerra con Felipe, habia retirado las bulas de la Cruzada que conferian el derecho de comer carne en ciertos días de abstinencia á cambio de una retribucion de dos reales para la gente del pueblo, de cuatro para los caballeros y de ocho para las personas de más alta calidad. Los recaudadores de estas rentas recorrían los pueblos, acompañados de predicadores que ellos pagaban y entregaban á los suscritores un ejemplar de la bula. Pero el papa pretendia tener el derecho de disponer de las galeras armadas con el producto de este impuesto (6), y los turcos las apresaban á medida que se hacían á la mar, habiendo capturado sucesivamente nada ménos que cuarenta el año 1561 que siguió á los desastres de Mostagan y Gelves. El clero español adelantó dos millones de ducados; la flota de las Indias (7) trajo otro tanto, y el rey pudo armar el año siguiente sesenta y nueve galeras, de las cuales sólo siete eran de España, habiendo sido alquiladas las demás á particulares: veintidos á Doria, siete al conde Borromeo y veintitres á sus amigos; todas ellas fueron puestas á las órdenes de don Juan de Mendoza (8).

IV.—Defensa de Mers-el-kebir

Este supremo recurso desapareció casi instantáneamente. Una tempestad asaltó la escuadra, la arrojó á la costa en la rada de la Herradura, cerca de Málaga (9) y se perdieron veintiocho galeras, tragándose el mar cuatro mil hombres, las provisiones y el tesoro de ochenta mil ducados. Una segunda tempestad hizo desaparecer otras doce galeras en la bahía de Cádiz (10). La pérdida más difícil de reparar era la de los remeros que encadenados á sus bancos, se iban al fondo como cañones: pudieron salvarse á duras penas doscientos ochenta esclavos.

(5) Ms. Rec. of., Chamberlain to the queen, 7 abril 1561.

(6) Ms. Rec. of., Chamberlain to the queen, 14 jul. 1561.

(7) *Ibid.* Challoner to Cecil, 5 marzo 1563.

(8) *Ibid.* 16 octubre 1562.

(9) Cabrera, tom. I, pág. 356.

(10) Ms. Rec. of. n.º 906, Challoner to the queen, 24 oct. 1562.